

Prólogo

En 1961 Louis Robert, el gran especialista en epigrafía griega, fundador, junto con su mujer Jeanne Robert, del *Bulletin Épigraphique*, calificaba el mundo antiguo grecorromano con la conocida expresión «civilisation de l'épigraphie»¹. Esta célebre expresión ha sido evocada por otros autores en trabajos posteriores, al asumir que tal apreciación describe perfectamente cuál era la esencia de la comunicación social en el mundo antiguo y cómo las inscripciones eran, podríamos decir, una seña de identidad de aquel mundo, de aquella civilización.

Sin embargo, Robert nunca consideró la epigrafía como un campo separado y autónomo, sino como una de las herramientas necesarias para el historiador del mundo antiguo, una herramienta privilegiada en la medida en que aporta regularmente nuevos documentos, como subrayó en su introducción a la epigrafía griega escrita para la enciclopedia Pléiade².

El propio Robert diferenciaba en sus escritos que, aunque epigrafía la había en otros lugares y épocas, guardaba características diferentes de aquello que él entendía como civilización del epígrafe.

En la Antigüedad, es evidente, era muy usual la costumbre de recurrir a los materiales duros, imperecederos, que van desde la piedra, de múltiples tipos, a la cerámica, madera, hueso, marfil u otros soportes, como recuerda F. Beltrán a propósito de un estudio sobre escrituras en lenguas paleohispánicas³:

Hasta tal punto era habitual durante la Antigüedad este recurso a los materiales duraderos que puede considerarse altamente improbable que un empleo significativo de la escritura en el seno de una sociedad dada no tuviera un

¹ L. Robert (1961): «Épigraphie», en C. Samaran (ed.), *L'histoire et ses méthodes*, Encyclopédie de la Pléiade, Paris, Gallimard, 453-497, véase p. 454.

² Véase nota anterior. El texto también aparece recopilado en L. Robert (1989): *Opera minora selecta*. *Épigraphie et Antiquités Grecques*, Amsterdam, A. M. Hakkert, tome V, 65-110.

³ F. Beltrán Lloris (2005): «Cultura escrita, epigrafía y ciudad en el ámbito paleohispánico», *Palaehispanica*, 5, 21-56, concretamente p. 22.

pronto reflejo sobre tal tipo de soportes, aunque solo fuera a través de simples grafitos sobre cerámica.

Precisamente, al hilo de estas palabras escritas a propósito del hábito epigráfico de las lenguas paleohispánicas, hoy podríamos matizar las consideraciones de Robert en su diferenciación taxativa de la civilización de la epigrafía del Occidente grecolatino antiguo con respecto a otras civilizaciones y épocas. Al adentrarnos en el estudio de la praxis epigráfica adoptada por otras culturas como elemento de comunicación y como forma directa y perenne de dejar constancia de múltiples informaciones y, sobre todo, al comprobar que dicha praxis se mantiene a lo largo de otras épocas que llegan hasta hoy, aunque con muy diferentes formatos y modalidades, podemos comprobar que hay conexiones entre la epigrafía antigua grecolatina y la de otras épocas y culturas.

En este sentido, cambiando de época y trasladándonos a la Edad Media, Vincent Debiais⁴ recuerda que si la civilización de la epigrafía caracteriza el Occidente grecorromano, aludiendo a las citadas palabras de Robert, la Edad Media no le va a la zaga, pues durante muchos siglos las manifestaciones epigráficas son numerosísimas y en ocasiones «les inscriptions sont, pour certains sites, époques, événements ou personnages, les seuls documents écrits à la disposition de l'historien» y esto ocurre no solo en el Occidente romano, sino también en el mundo bizantino⁵.

Es cierto que la epigrafía, en el sentido de escritura expuesta, como la han definido en diversas ocasiones los estudiosos⁶, ha sufrido muchas variaciones y adaptaciones a lo largo de los siglos, tanto en sus formatos como en contenidos y funcionalidades, pero sin perder ese carácter de mensaje para ser atendido por la gente, el público, incluso los individuos, trazado con la intención de mantenerse en el tiempo.

Pero seguimos hablando de epigrafía, de inscripciones, incluso de cartelas y de mensajes publicitarios, cuyos márgenes se perfilan distintos a lo

⁴ V. Debiais (2012): *De l'usage des inscriptions en histoire médiévale* en {<https://shs.hal.science/halshs-00763866>}.

⁵ Véase también V. Debiais (2015): «La tentation de Byzance. Réflexions sur les inscriptions byzantines vues de la Latinité», en A. Roby (ed.), *Inscriptions in Byzantium and Beyond. Methods – Projects – Case Studies*, Wien, Verlag der Österreichischen Akademie der Wissenschaften, 39-49, así como el volumen en su conjunto.

⁶ G. C. Susini (1989): «Le scrittura esposte», en G. Cavallo y P. Fedeli (eds.), *Lo spazio letterario di Roma antica. 2. La circolazione del testo*, Roma, Salerno, 271-305.

que entendemos por epigrafía tradicional, pero que no dejan de guardar similitudes. Es una compleja perspectiva, siempre objeto de debate y estudio, y que solo aquí queremos dejar mencionada, sin entrar en sus límites ni en sus posibles desarrollos, pero sí llamar la atención sobre ella, pues, como demuestran los trabajos aquí seleccionados, el hábito epigráfico puede presentar muchas caras y abordarse desde muy diferentes puntos de vista.

No obstante, no podemos olvidar que, frente a ese carácter de exposición pública y visibilidad, asistimos en algunas ocasiones a actos epigráficos que casi podríamos considerar de manera apriorística una *contradictio in terminis*, ya que se manifiestan en escrituras ocultas, aquellas que se graban en lugares inaccesibles, o de muy difícil visibilidad o de escritura buscadamente ininterpretable, pero que siguen siendo consideradas manifestaciones epigráficas, como pone de manifiesto uno de los autores de este volumen, Vicent Debiais.

Para Robert la epigrafía constituye un tipo de fuente primaria que debe compararse y contrastarse con las fuentes numismáticas, literarias, arqueológicas. Es una cuestión de método interdisciplinario, de visión global de la epigrafía.

Posiblemente, la mayor variación de los estudios en el ámbito epigráfico desde Robert haya sido la inversión en los términos de concepción de la disciplina epigráfica, sin entrar ahora en cuestiones de áreas académicas y competencias docentes o investigadoras que, a veces, solo limitan los enfoques. Nos referimos a que si Robert consideraba la epigrafía como una herramienta necesaria para el historiador, en la actualidad sí podemos considerar la epigrafía como un área científica individualizada y no como una mera herramienta; eso sí, un área interdisciplinaria en la que intervienen la historia, la filología, la arqueología y cuantas áreas científicas puedan conjugarse para entender los epígrafes contextualizadamente y averiguar todo aquello que encierra su realidad material o su transmisión manuscrita a veces⁷.

Podríamos recordar aquí aquella consideración de Susini sobre los epigrafistas. ¿Quiénes somos?, decía el gran investigador:

precisare che tra gli epigrafisti non si potevano annoverare quegli storici che suddividevano le epigrafi in testi di valore «storico» e non, ma che invece si è epigrafisti quando si crede ad un valore proprio dell'iscrizione⁸.

⁷ I. Velázquez (2008): «Los estudios epigráficos. Cuestión de métodos interdisciplinares», *Pyrenae*, 39(1), 7-41.

⁸ G. Susini (1966): *Il lapicida romano – Introduzione all'epigrafia latina*, Bologna, «L'Erma» di Bretschneider, 12.

Sin embargo, en ocasiones el uso de la epigrafía por parte de los investigadores es marginal, casi anecdótico, para la (re)construcción histórica, social, cultural o lingüística de un lugar o momento concretos, cuando nos parece a muchos que su conocimiento y manejo se convierte y debe convertirse en un elemento imprescindible. Nos pone en contacto directo y material con el periodo que queremos estudiar o con las áreas que deseamos conocer, ya sean las circunstancias históricas concretas, ya sea el estado de la lengua o cualquier otro aspecto, a pesar de que no sea tarea fácil analizar certeramente la información que de cada inscripción podemos extraer.

Esa reivindicación de la epigrafía, entendida como una manifestación cultural en sí misma, objeto de estudio integral y de indudable valor interdisciplinario que sobrepasa fronteras espaciales y temporales, así como la reivindicación de la importancia del estudio de la epigrafía y del texto epigráfico –información última y fundamento de la propia existencia de la inscripción– expuesto en los límites del monumento epigráfico, sea este cual sea, es lo que se refleja en el volumen que aquí presentamos al lector.

Hemos seleccionado unos estudios que tienen como común denominador la praxis epigráfica, el hábito de escribir sobre soportes duraderos, con la intención de prolongar en el tiempo el mensaje dejado en ellos, a través de distintas épocas y lugares. Pero también aquellos mensajes que tal vez nunca se materializaron en piedra pero se escribieron con las consignas de las estructuras formales básicas de cualquier inscripción.

Un elenco de trabajos que abordan muy diversos temas, desde el valor de ciertos soportes, como el uso de los *ostraca* (Torallas), hasta la importancia de las inscripciones bilingües grecolatinas en el Egipto ptolemaico (Haegermann). La epigrafía como elemento de estudio de diversas áreas del conocimiento, así el estudio de la vida religiosa, al abordar las manifestaciones epigráficas sobre las oficientes del culto dionisiaco (Calderón).

Un capítulo dedicado a las donaciones para erigir monumentos a divinidades, en el caso concreto de las mujeres de *Tarraco*, que sirve para analizar el estatus de estas mujeres y la representación social que se puede documentar a través de estos epígrafes (Buey). Mujeres también dedicantes podemos encontrar en Mérida, en este caso promotoras de monumentos funerarios de sus familiares, unas *feminae piissimae* que dejan constancia así también de su visibilidad social (Cidoncha). Otros dedicantes son los libertos que ofrecen homenajes a sus patronos en la Hispania Citerior y cuyos mensajes epigráficos dejan también testimonio de su representatividad social (Blanco).

Otras relaciones diferentes, al menos en algunos casos, a las de libertos y patronos, son las que se vinculan por razones de amistad, la *amicitia*, el *amicus*, de acuerdo con las manifestaciones epigráficas conservadas en la Bética en los que las menciones de personajes dedicantes pueden indicar determinados tipos de relaciones clientelares, al margen de la amistad en sentido estricto (Luque).

En cuanto a otro tipo de inscripciones votivas, las dedicadas al culto imperial, existe un conjunto diverso de formulaciones que de manera directa o indirecta se documentan en inscripciones de la península ibérica y que aquí son también estudiadas (Cases).

Y relacionado en cierta medida con ese culto imperial, podemos recordar aquí la figura de un miembro de la familia imperial de Augusto, el malogrado Germánico, de cuya figura se hace eco Tácito en sus *Annales* y las menciones que el famoso historiador hace sobre inscripciones relacionadas con el personaje, al margen del contraste que puede establecerse con conocidos textos como la *Tabula Siarensis* (Ballin).

En relación con el hermano de Germánico, el emperador Claudio, se estudia una inscripción que da constancia de la restauración del *Aqua Virgo* (*CIL* VI 1252) ordenada por este y cuya historia manuscrita, libraria y gráfica se hace un exhaustivo recorrido (Espluga).

Otro estudio de la historia manuscrita sobre una inscripción, también desde una perspectiva filológica e historiográfica, es el que aquí reivindica la bondad de la dedicada a Quinto Emilio Secundo, la denominada *lapis Venetus* (*CIL* III 6687), considerada falsa en ocasiones. Su «ciclo de vida» es aquí analizado a fin de proponer su autenticidad (Vernier).

Los conjuntos epigráficos, sean de mayor o menor importancia, nos permiten conocer la historia y la entidad de ciertas localidades, que a veces son conocidas, sobre todo, precisamente por la documentación epigráfica, al margen de los restos arqueológicos que puedan conservarse; así el caso del yacimiento iberorromano de La Toscana (Bailén, Jaén), de cuya cultura material y epigráfica se hace aquí una presentación incluyendo dos inscripciones inéditas (López).

De Jaén también es otra inscripción, en este caso bien conocida, pero de lectura problemática y debatida, la del mosaico de Santisteban del Puerto, conservado en el museo de Jaén, de la cual se propone ahora una nueva lectura (Santiago).

Algunas piezas inéditas también se presentan, así como ciertas correcciones a otras ya conocidas, pertenecientes a distintas localidades de la Vía de la Plata, como uno de los ejes viarios más importantes de la península

ibérica, cuyos miliarios se incluyen en el *Corpus Miliariorum Lusitaniae* que se está llevando a cabo en la actualidad (Paredes).

Aludíamos líneas antes a mensajes escritos que nunca se materializaron como tales en piedra, pero que formalmente están redactados como textos epigráficos, en especial como *carmina* epigráficos⁹. La bibliografía sobre este tipo de textos es amplia, pero aquí se presentan dos novedosos estudios sobre dos poetas diferentes, uno de la Galia, Venancio Fortunato, en el siglo VI (Gómez), y otro de Hispania, Eugenio de Toledo, en el siglo VII (Madrid), algunos de cuyos poemas reúnen esas características, como en ambos trabajos se analiza. Más tardío, ya plenamente medieval, y conjugando poesía con iconografía es la reconstrucción de los *carmina epigraphica* que hizo el poeta Angilberto de Riquier a finales del s. VIII en la representación manuscrita del plano de la abadía (Rico).

Y con estos estudios nos adentramos plenamente en la epigrafía medieval, tan abundante como antes decíamos. Algunas inscripciones, al igual que en la Antigüedad, llevadas a cabo gracias al evergetismo de algunos ciudadanos privados, como lo testimonian inscripciones en Bari que abarcan desde el s. VI al XIII (Vilella).

La importancia de la comunicación a través de los mensajes epigráficos en la Edad Media y el fenómeno sorprendente que supone la existencia de escrituras ocultas, de mensajes epigráficos no accesibles, son analizados por uno de los autores, como ya hemos señalado líneas más arriba (Debiais).

De la alta Edad Media, pero de ámbitos muy lejanos, de China, es la tablilla de oro de contenido religioso de la emperatriz china Wü Zétián (690-705), siendo un testimonio del hábito epigráfico que, como hemos indicado antes, trasciende la civilización de la «epigrafía grecorromana» y alcanza otras latitudes y países (Sevillano).

Y si la Edad Media es prolija en inscripciones también en la época del Humanismo y el Renacimiento hasta alcanzar la Edad Moderna, seguimos asistiendo al uso habitual de la epigrafía para exponer diferentes mensajes, ya sean inscripciones funerarias, edilicias, votivas o de cualquier otro de los tipos usuales que conocemos desde antiguo. Como en otras muchas facetas de la cultura, el arte o la literatura, la vuelta a la Antigüedad greco-

⁹ I. Velázquez (2006): «*Carmina epigraphica more*. El Códice de Azagra (BN Ms. 10029) y la práctica del género literario epigráfico», en C. Fernández Martínez y J. Gómez Pallarès (eds.), *Temptanda Viast. Nuevos estudios sobre la poesía epigráfica latina*, Bellaterra (Cerdanyola del Vallès), SPUAB, 29 pp. CDRom.

latina por parte de los humanistas y del Renacimiento posó su mirada en la epigrafía. Y no solo imitó los usos epigráficos, sino también en muchas ocasiones los modelos. Es evidente que, a través de las épocas sucesivas la evolución de la escritura y de los formatos son inevitables, y cada época tiende a estandarizar tipos escriturarios, pero también a prolongar los ya existentes. El análisis de las inscripciones de Toledo del siglo xv y la presencia y convivencia de diferentes tipos de escritura es buena muestra de ello (Menor). En ocasiones estos tipos gráficos diversos o, por el contrario, la presencia de conjuntos epigráficos que guardan similitudes, pone de manifiesto la posibilidad de talleres, como los que se analizan para el conjunto de inscripciones de la catedral de Murcia de finales del siglo xv y comienzos del xvi (R. Fernández). Y es en el siglo xvi y después en el xvii cuando se puede observar la evolución desde los modelos bajomedievales hasta un nuevo «orden gráfico» que se canoniza como medio de la autorrepresentación y la promoción política, como es observable en España y Portugal en esas épocas. Los *monumenta epigraphica* de la Antigüedad se erigen como modelos de imitación en estas épocas, adaptados a las nuevas realidades de los Estados modernos (Ramírez).

Uno de los aspectos fundamentales en el ámbito de los estudios epigráficos es la historia de la transmisión manuscrita y de las recopilaciones de inscripciones, que se producen en diferentes épocas y lugares, como puede verse en algunos de los trabajos ya mencionados, así los de Espluga o Vernier, por citar algunos que hacen especial hincapié en ello. Los humanistas fueron tal vez los mejores y mayores buscadores y compiladores de inscripciones, hasta el nacimiento de los *corpora* sistemáticos del siglo xix, ya sea el *CIL* o el *CIG*. Una de las contribuciones de este volumen es precisamente sobre las compilaciones y apuntes epigráficos de uno de esos intelectuales del siglo xvi que contribuyeron a transmitir el conocimiento de las inscripciones. En este caso se trata del benedictino Juan Benito Guardiola, un humanista poco conocido, pero que además de escribir una *Tratado sobre Nobleza* (1591), dejó varias obras manuscritas, una inconclusa *Historia del monasterio de Sahagún* y otros textos, entre ellos una compilación de inscripciones medievales recogidas en el manuscrito de Madrid, BNE 7340 (Lorenzo).

Además de estas contribuciones sobre diferentes inscripciones y temas, cierran el volumen, a modo de corolario y de visión de conjunto de la importancia de la praxis epigráfica, la presentación de dos singulares proyectos de investigación en diferentes fases de desarrollo que ponen de manifiesto cuán relevante es continuar con el estudio y la transmisión de la